

FRANCISCO  
RICO

El sueño  
del  
humanismo

De Petrarca  
a Erasmo

«Podrán tal vez, pasadas las tinieblas,  
volver nuestros lejanos descendientes  
al puro resplandor del siglo antiguo...  
Resurgirán entonces los ingenios,  
los ánimos despiertos, eminentes...»

FRANCESCO PETRARCA

**FRANCISCO RICO**  
El sueño  
del humanismo

De Petrarca a Erasmo

Primera edición en Crítica: mayo de 2014  
(reimpresión de la publicada por Destino, 2002)

*El sueño del humanismo*  
Francisco Rico

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Francisco Rico, 2002  
Primera edición: © Alianza Editorial, 1993, 1997  
Segunda edición: © Ediciones Destino, 2002

© Editorial Planeta S. A., 2014  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)  
[www.espacioculturalyacademico.com](http://www.espacioculturalyacademico.com)

ISBN: 978-84-9892-720-7  
Depósito legal: b. 7823 - 2014  
2014. Impreso y encuadernado en España por Book Print

## TABLA

Prólogo	9
Nota del 2002	15
I. Las dimensiones del sueño	19
II. Las raíces	25
III. Paradigmas	34
IV. Formas de vida	44
V. Los caminos del nuevo mundo	58
VI. Entre Italia y Europa	72
VII. Filología	85
VIII. El canto del cisne	101
IX. De Erasmo a Petrarca	126
X. Final	152
EXCURSOS	
<i>Laudes litterarum</i> : Humanismo y dignidad del hombre	163
Luces y sombras de Poliziano (Erasmo, Vives, Budé)	195
Índice alfabético	215

# EL SUEÑO DEL HUMANISMO

FUE UN SUEÑO, porque vislumbró el trazado de la ciudad ideal, pero le faltaron piedras y herramientas para construirla. La stirpe más ilustre del humanismo, la más rica en ideas (no en meras recetas), defendió siempre que el fundamento de toda la cultura debía buscarse en las artes del lenguaje, profundamente asimiladas merced a la frecuentación, el comentario y la imitación de los grandes autores de Roma y de Grecia; que la lengua y la literatura clásicas, dechados de claridad y belleza, habían de ser la puerta de entrada a cualquier doctrina o quehacer dignos de estima, y que la corrección y la elegancia del estilo, según el buen uso de los viejos maestros de la latinidad, constituían un requisito ineludible de toda tarea intelectual; que los *studia humanitatis* así concebidos, haciendo renacer la Antigüedad, lograrían alumbrar una nueva civilización. Fue un sueño, porque los medios no bastaban para alcanzar el fin: el proyecto sólo valía sobre el papel de los planos.

## I

La más vibrante exhortación a hacer realidad ese sueño, a concretar la visión de un mundo nuevo reconstruido sobre la palabra antigua, se halla en los prólogos a las *Elegantiae* (hacia 1440) de Lorenzo Valla.<sup>1</sup> La lengua de Roma —explica Valla— hizo las contribuciones más importantes al bien de la humanidad, «publicae ... hominum utilitati ac saluti»: el latín educó a los pueblos en las artes liberales, les ofreció las mejores leyes, les abrió la senda «ad omnem sapientiam», ‘a todo tipo de sabiduría’, y, en fin, los liberó de la barbarie. El latín no se impuso

<sup>1</sup> Editados y traducidos por Eugenio Garin en *Prosatori latini del Quattrocento*, Milán-Nápoles, 1952, págs. 594-631. Véase ahora Mariangela Regoliosi, *Nel cantiere del Valla. Elaborazione e montaggio delle «Elegantie»*, Roma, 1993; V. De Caprio, «Fra Napoli e Roma: il proemio alle *Elegantie* e l'auto-aggregazione degli intellettuali», *L'umana compagnia. Studi in onore di G. Savavese*, Roma, 1999, págs. 145-154; y abajo, notas 25 y 169.

a los bárbaros por la fuerza de las armas, sino a fuerza de bienes, por el poder del amor, de la amistad y de la paz («beneficiis, amore, concordia»). Porque en latín se hallan todas las ciencias y artes propias del hombre libre; y, así, cuando el latín florece, todos los saberes florecen, y, por el contrario, cuando el latín declina, declinan asimismo todos los saberes.

¿Cuál es la razón de esa conexión imprescindible entre la lengua y las restantes disciplinas? Ocurre, sencillamente, que los filósofos más penetrantes, los supremos oradores y jurisconsultos, los máximos expertos en todos los dominios han sido siempre los más preocupados por expresarse correcta y elegantemente, «ii... bene loquendi studiosissimi». Por eso, hoy, cuando hace ya muchos siglos que nadie ha hablado ni entendido el latín, están degradadas la filosofía, la jurisprudencia y, en breve, todas las materias que los antiguos, en cambio, habían puesto en las cimas más elevadas.

Dadas semejantes premisas, es obvio el remedio para tan dramático panorama: cultivando el latín, será fácil restituir a su antigua perfección *todas* las otras disciplinas. *Todas*, sí, porque sin las humanidades, «sine studiis humanitatis», es imposible conocer adecuadamente ninguna. La «eloquentia» es tan necesaria a quienes estudian derecho, civil o canónico, medicina o filosofía como a quienes trabajan en teología o en Sagrada Escritura. Los Padres de la Iglesia, los grandes maestros del pensamiento cristiano, por ejemplo, vistieron siempre con el oro de su elocuencia las piedras preciosas del lenguaje divino, y sólo quien sea capaz de entender esa elocuencia entenderá también la palabra de Dios. «Et certe soli eloquentes ... columnae Ecclesiae sunt», ‘únicamente los buenos escritores han llegado a ser columnas de la Iglesia’.

Por fortuna, ya nos hallamos en el alba de una nueva edad: están empezando a resucitar la pintura, la escultura, la arquitectura, artes las tres emparentadas con las liberales y que, como estas, decayeron juntamente con las letras, «cum litteris». Con un poco más de empeño, promete Valla, pronto se conse-

guirá restituir la lengua de Roma, «et cum ea disciplinas omnes», ‘y con el latín todos los saberes’. Las *Elegantiae* llaman justamente a librar ese magno combate para reconquistar de los galos la Roma cautiva. Valla, Camilo redivivo, se propone ser el portaestandarte y tomar la parte más dura, en cabeza. Pero todos los Quirites, los hombres de letras, los amigos de la lengua de Roma («litteratos appello et romanae linguae cultores»), han de entrar en la batalla. «Certemus, quaeso, honestissimum hoc pulcherrimumque certamen»: ‘combatamos, ea, el más noble y hermoso de los combates’.

El «certamen» a que Valla convoca no es simplemente un torneo literario, por más que literarias sean las armas: el rescate del latín supone toda una visión de la historia y pone en juego toda una civilización, de las leyes a las artes plásticas, de la medicina a la espiritualidad, sin desdeñar ninguna faceta que ataña ‘al provecho y al bienestar general de la humanidad’. Como en todo «certamen», por otra parte, la victoria de un bando implica la derrota de otro. El triunfo de Camilo será el descalabro de los galos. Pero propiamente, por detrás de la evocación metafórica de la invasión de la Roma primitiva, ¿quiénes son los galos? La respuesta puede leerse, por ejemplo, en la encendida epístola que Francesco Petrarca dirigió a Urbano V en el año de 1368.<sup>2</sup>

Ante el mal humor de los cardenales franceses, obligados a permanecer en Roma, para quienes Italia valía apenas un ocha-vo, «fere nichil», el anciano Petrarca no vacilaba en reaccionar con un juicio aun más destemplado: en vano se buscará en las Galias quien sepa nada de nada. Pues ¿qué hay en las artes liberales, en las ciencias de la naturaleza, en la historia, en la elocuencia, en la moral, que no se deba a los italianos? «Quid de sapientia ... et de omni parte philosophie?» ¿Quiénes sino los

<sup>2</sup> *Seniles*, IX, I, ed. E. Casamassima, *L'autografo Riccardiano della seconda lettera del Petrarca a Urbano V (Senile IX 1)*, Pisa-Roma, 1986 (*Quaderni petrarcheschi*, III).

italianos han creado los dos derechos? ¿Dónde han nacido o vivido los doctores de la Iglesia? ¿A qué oradores y poetas se encontrará fuera de Italia? Tenía que ser así, porque sólo en el latín, en las «latine litere», está la raíz de todas las artes y el fundamento de todas las ciencias, «radix artium nostrarum et omnis scientie fundamentum». A tanta riqueza nada puede oponer la Galia, salvo las voces chillonas de la *rue de Fouarre*.

La alusión desdeñosa entierra toda una época. Las aulas de la Sorbona, en el «Straminum Vicus», eran la fortaleza que más celosamente velaba por la vigencia implacable de la escolástica: vale decir, por la sumisión de todas las disciplinas, desde la gramática a la teología, pasando por la matemática, a un método caracterizado por concentrarse en asuntos minúsculos (*quaestiones*) y sujetarlos a una discusión aparatosa (*disputatio*), conducida con las herramientas de la lógica y encaminada a extraer, en última instancia, conclusiones metafísicas, certezas intemporales, perpetuamente válidas. La escolástica postulaba una rígida estratificación del saber, expresado en un lenguaje estrictamente técnico, en una jerga especializada, que lo reservaba a unos pocos iniciados.<sup>3</sup> «Ca non sería bueno», razonaba un corifeo de las escuelas, «que el sciente e el idiota [‘el que sabe y el que no sabe’] hobiesen manera común en la fabla, nin sería honesto [que] los secretos científicos, que todo precio exceden, fuesen traídos en menosprecio por palabras vulgares».<sup>4</sup>

En Petrarca como en Valla, los galos son, pues, el núcleo más fecundo y más prestigioso de la cultura medieval, la escolástica, cuyos grandes baluartes institucionales, la Sorbona y Oxford, iban al fin extendiendo sus tentáculos con creciente éxito por la Italia del Trecentos. No sólo eso: los galos son un

<sup>3</sup> F. Bruni, «Modelli in contrasto e modelli settoriali nella cultura medievale (con una critica della categoria del carnevalesco», en su libro *Testi e chierici nel medioevo*, Génova, 1991, págs. 135-201 (169-186).

<sup>4</sup> Alfonso de la Torre, *Visión delectable*, ed. J. García López, Salamanca, 1991, pág. 126 (texto *beta*).

milenario de barbarie, se mire por donde se mire. En la carta a Urbano V, los escolásticos parisinos forman un amasijo indiferenciado con los cardenales franceses que durante el breve período en que la silla de Pedro volvió a Roma (1367-1370) maldecían a Italia por la dificultad de conseguir vino de Borgoña, «como si no estuviera en juego la religión de Cristo, sino unas bacanales». (Por otro lado, acotaba Petrarca, tampoco podía ser gran cosa un vino «ignoto a todos los tratadistas antiguos y modernos, y jamás contado entre los caldos de ilustre solera».) Las críticas al papado de Aviñón, las reflexiones morales y religiosas, las valoraciones literarias y filosóficas, las consideraciones sobre las menudencias del vivir cotidiano más allá de los Alpes, todo entra en un mismo costal, y la acusación, desde el arranque de la epístola, es siempre la misma: barbarie. Los galos no son sólo la escolástica, sino todas las dimensiones de un *aeuum*, una edad de la historia.

En efecto, cuando Petrarca descarta las especulaciones de la *rue de Fouarre* como ajenas a la latina «radix artium», cuando Valla decide que en «multis saeculis» nadie ha escrito ni entendido el latín, están decretando que no puede tomarse en cuenta nada de cuanto han producido las escuelas en esos tiempos, ni esos ‘muchos siglos’ deben ser considerados, por tanto, sino como un largo y enojoso paréntesis, como una ‘edad media’ entre el esplendor de la Antigüedad y el retorno de las buenas letras.

Nam fuit et fortassis erit felicius evum.

In medium sordes...<sup>5</sup>

[‘Que hubo, y a lo mejor volverá todavía,  
una edad más dichosa.

Lo de en medio es basura...’]

<sup>5</sup> *Epystole*, III, xxxiii, en *F. Petrarcae poemata minora*, ed. D. Rossetti, Milán, 1829-1834, vol. II, pág. 262.

Pero si en medio no hay sino basura, la solución habrá de ser también una limpieza total, un barrido que no olvide ni un rincón, de la lengua y la literatura a las costumbres y la vida diaria. La vanguardia de la operación, en cualquier caso, corresponde a las letras: la 'edad más dichosa' sólo se hará realidad cuando las tinieblas se disipen porque la poesía y los *studia humanitatis* han vuelto a florecer como antaño.

... Poterunt discussis forte tenebris  
 ad purum priscumque iubar remeare nepotes.  
 Tunc Elicona nova revirentem stirpe videbis,  
 tunc lauros frondere sacras; tunc alta resurgent  
 ingenia atque animi dociles, quibus ardor honesti  
 Pyeridum studii veterem geminabit amorem...  
 Tum iuvenesce, precor, cum iam lux alma poetis  
 commodiorque bonis cum primum affulserit etas.<sup>6</sup>

[ 'Podrán tal vez, pasadas las tinieblas,  
 volver nuestros lejanos descendientes  
 al puro resplandor del siglo antiguo.  
 Verás entonces cómo reverdece  
 Helicón con renuevos, cómo tornan  
 a poblarse, sagrados, los laureles;  
 resurgirán entonces los ingenios,  
 los ánimos despiertos, eminentes,  
 en quienes brotará el ardor de antaño  
 por la pasión honesta de las Piérides...  
 Rejuvenece entonces, hazme caso,  
*Africa* mía: tú rejuvenece,  
 cuando la luz dé vida a los poetas  
 y a los buenos mejor edad les llegue. ']

Un mundo «aureo tutto», un siglo de oro, ha de rezumar Antigüedad, tiene que estar por fuerza «pien de l'opre antiche».<sup>7</sup>

<sup>6</sup> *África*, IX, 456-461, 475-476, ed. N. Festa, Florencia, 1926, y V. Fera, *La revisione petrarchesca dell' «Africa»*, Messina, 1984, págs. 458-459.

<sup>7</sup> *Rerum vulgariarum fragmenta*, CXXXVII, 14; ed. Gianfranco Contini, Milán, 1964<sup>3</sup>, y en *Canzoniere*, ed. M. Santagata, Milán, 1996.

## II

Pero no desoigamos los acentos patrióticos de la llamada contra los galos. «Desde el Trescientos», ha escrito Carlo Dionisotti, «la revolución humanística se desarrolló en la Italia dividida y discordante como una divisa nacional y unitaria».<sup>8</sup> Nada más cierto ni mejor dicho. Pero añadamos que únicamente en Italia podía surgir, incluso antes del Trescientos, el ideal constitutivo del humanismo, el sueño grandioso de *todo* el conjunto de una civilización reconstruida sobre las «latine litere». Es sabido que en la Edad Media Italia mantuvo con notable firmeza no pocas tradiciones antiguas, pero también que Francia la superó con creces en cuanto a vitalidad de los clásicos. Sólo en la Península, sin embargo, la lengua y la literatura de Roma podían sentirse tan estrechamente unidas a una entera civilización y proponerse, por ende, como base de otra (o un renacimiento de la misma) también entera. La evidencia de los males del presente despertaba irremediabilmente las memorias, más o menos vagas, de la grandeza del pasado, avivadas por la contemplación de las ruinas monumentales, por la pervivencia de grandes obras públicas y de pequeñeces preciosas (monedas, joyas, marfiles). Una mente perceptiva casi necesariamente había de sentirse tentada a enhebrar con un hilo literario todos esos retazos y cifrar en una vuelta al pasado las mejores esperanzas para el futuro.

No hay más que pensar en Cola di Rienzo, tal como nos lo pone ante los ojos la espléndida prosa del cronista anónimo.<sup>9</sup>

<sup>8</sup> «Discorso sull'umanesimo italiano», en su libro *Geografia e storia della letteratura italiana*, Turín, 1967, págs. 178-199 (190).

<sup>9</sup> Anónimo romano, *Cronica*, ed. G. Porta, Milán, 1979. Véase Giuseppe Billanovich, «Come nacque un capolavoro: la *Cronica* del non piú anonimo romano. Il vescovo Ildebrandino Conti, Francesco Petrarca e Bartolomeo di Iacovo da Valmontone», en *Rendiconti dell'Accademia Nazionale dei Lincei, Classe di Scienze morali, storiche e filosofiche*, s. IX, VI (1995), págs. 195-211, y G. Seibt, *Anonimo romano*, Roma, 2000.

«De bajo linaje», «notario», ‘desde la mocedad alimentado con la leche de la elocuencia’ («da sua iuventutine nutricato de latte de eloquenzia»), Cola «moito usava Tito Livio, Seneca e Tulio e Valerio Massimo. Moito li delettava le magnificenzie de Iulio Cesari raccontare. Tutta die se speculava nelli intagli de marmo li quali iaccio intorno a Roma. Non era aitri che esso che sapessi leiere li antiqui pataffi. Tutte scritte antiche vulgarizzava. Queste figure de marmo iustamente interpretava. Deh, come spesso diceva: “Dove sono questi buoni Romani? Dove ène loro summa iustizia? Pòterame trovare in tiempo che questi fussino!”» (‘mucho frecuentaba Tito Livio, Séneca y Tulio y Valerio Máximo. Mucho le complacía referir las grandezas de Julio César. Los días se le iban en examinar los relieves de mármol dispersos por Roma. Nadie sino él sabía leer los antiguos epitafios. Romanceaba todos los textos antiguos. Declaraba exactamente las figuras de mármol. Ah, cuántas veces decía: «¿Dónde están aquellos buenos romanos? ¿Dónde aquella suprema justicia suya? ¡Ojalá su tiempo fuera el mío!»’).

No es del caso entrar ahora en las razones ni en el alcance del golpe de estado de 1347, pero no hay duda de que Cola lo sentía como un renacimiento de aquel «tiempo». La acción política de atajar la «grannissima travaglia» (‘tribulación’) que afligía a la «povera iente» de Roma estaba para él en la misma línea que la recuperación de un tesoro arqueológico o la lectura de Livio. Cuando devolvía al pueblo el gobierno de la ciudad, lo hacía exhibiendo la *lex de imperio Vespasiani* en la tabla de bronce que había descubierto y donde entendía que «tanta era la maiestate dello puopolo de Roma, che allo imperatore dava la autoritate». Cuando se proclamaba «tribunus augustus», cuando se ornaba con la «vestis triumphalis», cuando tomaba de las monedas imperiales la imagen de Roma en majestad, no realizaba actos aislados de imitación del mundo antiguo, sino que fundiendo teoría y práctica, ilusiones y realidades, iba concretando a fragmentos, más o menos a conciencia, una visión global del pasado como modelo del presente.

Cola era un iluminado, pero Petrarca, que estaba lejos de serlo, saludó la revolución abundando en ese diseño total: celebrándola menos como una insurrección contra las injusticias de la Roma contemporánea que como una resurrección de la Roma antigua, que veía salir a sus hijos de los sepulcros «et tempora prisca reverti».<sup>10</sup> En la primera carta que dirige al tribuno, su exhortación a defender la libertad se confunde con la invitación a estudiar asiduamente «las historias y los anales romanos», en la certeza de que ahí encontrará siempre un modelo seguro para cualquier empresa valiosa, «omnis virtutis exempla». (No de otro modo, en una de las más antiguas poesías petrarquescas hoy conservadas, la unidad de las ciudades italianas para hacer frente a los bárbaros del Norte aparece como ‘el camino de salvación que puede devolvernos, por tarde que sea, los antiguos usos’, «que mores referat ... vetustos».)<sup>11</sup> En términos menos exaltados que Cola, muchos italianos intuyeron que las huellas del pasado señalaban para el porvenir un camino que podía seguirse en muchos sentidos; con menos lucidez que Petrarca, otros fueron meditando el proyecto unitario, el plan de conjunto de una *Roma renovata*: un proyecto cuya misma imprecisión de utopía aseguraba su fertilidad, un plan que por el mismo hecho de ser desmesurado e irrealizable podía mantenerse largamente como fermento de las más variadas realizaciones.

Sin una coloración específicamente italiana nunca se hubiera forjado el hermoso sueño del humanismo. Si las ciudades no hubieran pervivido con la fuerza con que pervivieron en la Italia medieval, y si la actividad literaria e intelectual que

<sup>10</sup> *Il «Bucolicum Carmen» di F. Petrarca*, ed. diplomática de D. De Venuto, Pisa, 1990, pág. 96 (V, 45-46).

<sup>11</sup> *F. Petrarcae Epistola de rebus familiaribus et Varias*, ed. G. Fracassetti, III (Florenca, 1863), pág. 434 (XLVIII) = *Lettere disperse*, ed. A. Panceri, Parma, 1994, pág. 66 (VIII); y *Epystole*, I, III, 137, ed. E. Bianchi, en *F. Petrarca, Rime, Trionfi e poesie latine*, ed. F. Neri et al., Milán, 1951, pág. 718.

cobijaban no hubiera respondido a esa fuerza impregnándose con singular frecuencia en las vivencias y preocupaciones de la comunidad urbana, tampoco habría podido darse con tanta agilidad la recíproca influencia entre unas y otras facetas de la *renovatio* fantaseada, el fecundo proceso de ida y vuelta entre la historia, la poesía y la cosa pública, de la práctica a la teoría, de la ideología a la acción. No había ciudad, por ejemplo, que no quisiera presumir de orígenes clásicos o no se buscara un fundador en la Antigüedad. Si la Pisa del temprano siglo XII engastaba ya en la fachada de la catedral una inscripción en honor de Lucio César, el nieto de Augusto, patrón de la Colonia Julia Pisana, también creía que con la victoriosa expedición de 1087 al Norte de África había refrescado las gestas de los romanos de antaño y merecido la alabanza que a ellos les ganaron las guerras púnicas en los días de Escipión, «quam olim recepit Romam vincendo Carthaginem».<sup>12</sup> Doscientos años después, Petrarca acometía el *Africa*, en cuyos cimientos no falta el designio a la vez cultural y patriótico de desplazar de las escuelas la *Alexandreis* de Gautier de Châtillon, ‘el más liviano, el más huero de los galos’, «levissimus vanissimusque Gallorum»,<sup>13</sup> y lo concebía como «un intento de dar una epopeya nacional a los italianos, unificados en la común descendencia de la Roma republicana, sólida en las instituciones democráticas, madre de cultura. El ‘Garibaldi’ a quien entronizar en las plazas de la patria resurgida debía ser Escipión el Africano, el héroe militar, moralmente íntegro y casto, que vence el duelo histórico con Cartago y al punto devuelve el poder al Senado».<sup>14</sup> Pero

<sup>12</sup> Citado por C. B. Fisher, «The Pisan clergy and an awakening of historical interest in a medieval commune», *Studies in Medieval and Renaissance History*, III (1966), págs. 143-219 (192).

<sup>13</sup> *Contra eum qui maledixit Italie*, citado por Guido Martellotti, *Scritti petrarcheschi*, ed. M. Feo y S. Rizzo, Padua, 1983, pág. 463, n. 10; F. Petrarca, *In difesa dell'Italia*, ed. G. Crevatin, Venecia, 1995, pág. 96.

<sup>14</sup> Michele Feo, «Tradizione classica», en *Letteratura italiana*, ed. A. Asor Rosa, vol. V, Turín, 1986, págs. 311-378 (336).

en 1347 consideraba la posibilidad de abandonar pasajeramente el poema para cantar las glorias de Cola di Rienzo.

Entre los atisbos de la edad comunal y la madurez de Petrarca discurre una senda a lo largo de la cual el clasicismo, depurándose de impurezas y perfilando sus objetivos, fue elaborando el modelo de toda una nueva época. En ninguna parte el proceso se dio con más energía ni se aprecia con más transparencia que en la vigorosa Padua a caballo del Doscientos y el Trescientos. Allí, ha mostrado Giuseppe Billanovich, «un puñado de notarios dio comienzo al nuevo estilo de literatura, y aun de civilización, que acabó por conquistar Occidente y que nosotros, posteridad remota, llamamos ‘humanismo’». <sup>15</sup> Cuando en 1283 se descubrió una hermosa arca de fecha venerable (en realidad, cristiana), Lovato Lovati no dudó en identificarla como el sepulcro del troyano Antenor, el mítico fundador de la ciudad, y en ennoblecer la elegante glorieta en que fue colocada con un epitafio en que las reminiscencias de Virgilio y Ovidio se conjugaban con ecos de Tito Livio. Poquísimos podían hacerlos sonar con igual dominio: en la catedral de Verona, en el monasterio de Pomposa, sin duda en otros lugares, Lovato había manejado textos entonces tan raros como Lucrecio, Tibulo y Marcial, textos que a veces tardarían siglos en reaparecer, pero que ya esmaltan de préstamos los versos todavía ásperos del juez paduano; y entre esos tesoros había consagrado una atención particularmente amorosa y erudita a los *Ab Urbe condita*. Claro está que cuando en el cementerio de Santa Justina apareció una lápida con el nombre de «T. LIVIUS», el cenáculo de Lovato echó las campanas al vuelo para que la supuesta

<sup>15</sup> *La tradizione del testo di Livio e le origini dell'umanesimo*, I (Padua, 1981), pág. 2. Otras fundamentales aportaciones del mismo maestro están reunidas ahora en *Petrarca e il primo umanesimo*, Padua, 1996. Véase también el estimulante libro de R. G. Witt, «*In the Footsteps of the Ancients*». *The Origins of Humanism from Lovato to Bruni*, Leiden, 2000, capítulos II y III.

reliquia recibiera el trato de honor que merecía el más insigne de sus compatriotas. Apenas unos decenios después, en la Aviñón que los papas habían convertido en encrucijada de la cultura europea, Petrarca aprovechaba los trabajos de Lovato para preparar una auténtica 'edición crítica' de Livio; y de las páginas de los *Ab Urbe condita* extraía noticias e inspiraciones vitales para los hexámetros del *Africa* y los sabios períodos del *De viris illustribus*, unos y otros favorecidos por ilusiones y emociones políticas.

Las posiciones republicanas y la figura del escritor activo en la sociedad, tan elocuentemente ilustradas en la antigua literatura latina, no podían sino resultar particularmente atractivas en los *comuni* doscentistas, que en pugna con la nobleza habían conseguido instaurar una amplia medida de participación en la vida ciudadana y ofrecían generosas oportunidades de poder a los hombres económica o intelectualmente más enérgicos; y el sentimiento de afinidad con la Roma de Catón o Bruto tendía a cristalizar en formas literarias cada vez más clásicas. En 1315, cuando la *Ecerinis* de Albertino Mussato, el amigo y heredero espiritual de Lovato, fue leída en público, los espectadores que la aclamaron y las autoridades que la premiaron con una corona de laurel, yedra y mirto, sin duda aplaudían en primer término las implicaciones políticas de la tragedia, donde la caída de Ezzelino da Romano, el tirano de Padua, prefiguraba la de un enemigo harto más cercano, el veronés Cangrande della Scala. Pero es seguro que también se dejaban seducir por la dignidad que adivinaban en los trímetros yámbicos: aun si la mayoría no llegaba a entenderlos suficientemente, las resonancias majestuosas de aquellos versos tenían que parecer a muchos el tono adecuado a un asunto de tanta relevancia para la ciudad. Cuando toda ella se volcó luego en la coronación de Mussato como poeta e historiador (no otros títulos quiso Petrarca para su propio lauro), las ceremonias se desarrollaron a la antigua, «*moribus antiquis*», en una suerte de arqueología y literatura aplicadas al compromiso cívico. La contemporanei-

dad y el patriotismo se iban tiñendo crecientemente de colores clásicos.

Que la *Ecerinis*, por otro lado, se leyó en las escuelas bastaría a certificarlo el comentario que le fue dedicado por dos oscuros maestros de gramática que acabaron su trabajo el día en que Monselice caía en manos del personaje cuyo desastre vaticinaba la obra: «per seditionem ... Cani Grandi de la Scala». <sup>16</sup> Podíamos esperar ese destino didáctico. La riqueza de la sociedad comunal impulsó extraordinariamente la demanda de enseñanza, y para el Trecentos la Italia del Norte y del Centro contaba con una multitud de escuelas de los niveles inferiores. La proliferación de tales escuelas suponía sin más la multiplicación de los gramáticos, a quienes correspondían las etapas iniciales de toda educación; y los gramáticos no sólo no perdieron, sino que en la Edad Media acrecentaron el cometido que tenían en la Antigüedad de proveer, junto a la formación en la lengua, a la *enarratio auctorum*, es decir, a la lectura y el comentario de textos. Pero, en ambientes como el paduano, mejor enseñanza, más gramáticos y más lecturas sólo podían significar que los textos en cuestión fueran día a día más clásicos. En verdad, admira comprobar cuántos códices de alta literatura pasaron por las manos de modestos profesores trecentistas, o encontrarse en el Colle di Val d'Elsa de los años sesenta a un maestro sin pretensiones, Nofrio di Siena, que explicaba a Virgilio, Lucano y otros muchos autores de supremo coturno.

Así, en un progresivo enlace de arqueología, literatura y vida civil, fue gestándose una atmósfera clásica cada vez más densa y dentro de ella esbozándose el sistema de un clasicismo cada vez más envolvente, delineándose los paralelos y meridianos antiguos de todo un *brave new world*. Así, fueron incluso 'institucionalizándose' proclamaciones como la del *comune* de Lucca en 1371 («quod gramaticalis scientia est origo et funda-

<sup>16</sup> *Ecerinide*, ed. L. Padrin, Bolonia, 1900, pág. 247.

mentum omnium virtutum et scientiarum...»<sup>17</sup>) en las que la vieja muletilla escolar de que las artes liberales comienzan por la gramática iba cobrando un sentido harto más rico y una gigantesca ambición.

Es el sentido que se le prestaba ya en la Padua de la *Ecerinis*, frente a quienes, en la tradición escolástica, seguían considerando la poesía como «infima inter omnes doctrinas» (*Summa theologica*, I, I, 9), a quienes Mussato recordaba que la misma Biblia contiene abundantes versos, parábolas y símbolos, y que bajo las vestiduras del mito los antiguos vates enseñaron verdades de alcance divino. Pero la poesía —añadía— no es sólo «altera ... theologia», sino posee una inagotable plasticidad:

Nunc tibi quo metuas fert horrida Musa timores,  
nunc lenis placidis mulcet tua pectora verbis,  
Ethica nunc, nunc Physis erit, nunc vera Mathesis;  
Cociti nigramque Stygem iuratque videtque,  
surgit ad empyreum nunc velocissima caelum.

[‘Ya te da que temer la Musa, hórrida;  
ya, blanda, te complace con dulzuras;  
ya es ciencia exacta, medicina, ética;  
ya jurando se va a la negra Estigia,  
ya se eleva al empíreo velocísima.’]

Por eso no hay saber que no la necesite y la utilice, que prescindiera de Virgilio, Ennio, Homero:

Philosophi sua dicta probant auctoribus illis,  
iuristae, artistae scrutatoresque latentis  
naturae, et nostra non ars vacat ulla Camoena;  
adde quod et nostris decantat Ecclesia metris.<sup>18</sup>

<sup>17</sup> Citado por P. F. Grendler, *Schooling in Renaissance Italy. Literacy and Learning, 1300-1600*, Baltimore, 1989, pág. 13, n. 57.

<sup>18</sup> *Epistola XVIII*, 60-64, 136-139, en *Albertini Mussati Historia Augusta Henrici VII Caesaris et alia quae extant opera*, Venecia, 1636, págs. 77 y 79.